

XXII

Por fin los dos esposos se vieron solos, en plena libertad de cambiar aquellos eternos juramentos prestados hacia poco al pié del altar, y sellados por una sostenida y significativa presión cuando sus manos se habían encontrado. Solos con su amor, amor ardiente que desde hacía mucho tiempo ambos leían claramente, cada uno en los ojos del otro, y que brillaba á través de los párpados medio cerrados de Marsa en el momento en que inclinada ante el príncipe éste la pasaba por el dedo el anillo nupcial.

¡Ah! ¡Bendito aquel minuto de alegría, de profundo enagajamiento, de soledad, después de tan prolongado alboroto!

Andras, sentado, después de dejar sobre el piano la carta de Meuko, mirando hasta el fondo de su alma á Marsa, que permanecía de pié delante de él con sus manos entre las del príncipe, rompió aquel silencio de este modo:

—¡Buenos días, princesa! ¡Sois princesa! ¡princesa Zitah!... ¡A mí mismo me parece que este nombre es encantador cuando se pronuncia!

Y cerrando los ojos, escuchando como una música deleitable la voz del ser amado, Marsa se decía que la fortuna era piadosa y benigna,

permitiéndola todavía, después de tantas pruebas, aquellos momentos de inefable placer. Placer tan profundo y vehemente, que ella hubiera querido que todo ¡terminase allí, meciéndose en la felicidad de un hermoso sueño del que no debería despertar.

—Os espera vuestro gabinete—dijo el príncipe.—Nos iremos á París cuando queráis... ¡Cuanto quieras!

—Si—replicó Marsa acercándose á él temblorosa y deslizado su rostro mate entre el brazo y el pecho de su marido; dejemos esta casa; sacadme, llevadme y que empiece una vida nueva, la vida que tanto he deseado, y para mí inesperada, con un hombre como vos y un amor como el vuestro.

En aquellas palabras se veía oculto una especie de terror, y al decir «dejemos esta casa» lo hacia dominada por el miedo que la imponían las crueles visiones de otro tiempo, de cuanto ella aborrecía y la molestaba como una insistente pesadilla. Ansiaba nuevos horizontes, respirar cuanto ántes el ambiente de aquel hotel del príncipe Andras, donde el fantasma de su pasado no podría perseguirle, donde ella se consideraría libertada, dueña de sí misma, y podría consagrarse á él por entero.

—Voy á quitarme este vestido blanco—dijo,—y en seguida corremos á ponernos en salvo, como si fuéramos amantes.

—¿A quitártelo? ¡Qué lástima! — exclamó Andras.—¡Tan hermosa como estás con esas flores en la cabeza, con esos ramos y con esos velos!...

—Bien— replicó Marsa dirigiéndole una dulce mirada y sonriendo á la vez con una coquetería casi revoltosa, que nunca se habia visto en su grave hermosura; — seguiré con mi traje de novia y me echaré sobre los hombros un abrigo cualquiera. De este modo os llevareis á París á vuestra mujer vestida de blanco, ¡mi querido príncipe, mi héroe... mi marido!

Andras se levantó, estrechándola entre sus brazos, atrayéndola fuertemente hácia sí, sintiendo apoyarse sobre el aquel cuerpo esbeto, de estatua florentina, en tanto que Marsa, presentando á Zilah su pálido rostro, con los ojos cerrados como si durmiese, le provocaba á que pesara los labios sobre los suyos, haciendo que lentamente el aspirase aquel tibio y puro aliento, y bajo el peso de una languidez extremada, se dejó caer sobre el brazo del príncipe que la sostenía.

Una voluptuosidad infinita, que nunca hasta entonces habia sentido Andras, hacia asomar á sus ojos lágrimas de alegría, y aquel cuadro, encantador, la hermosa húngara, con aquellas rosas blancas entre sus cabellos, aquella frente embalsamada, aquel semblante cada vez más pálido, efecto de los repetidos besos, aquel cuerpo que se estremecía, aquel pecho que violentamente se agitaba, todos aquellos efluvios de amor embriagaban al príncipe, enloquecido, que por lo bajo repetía:

—¡Sí, sí, marchemos! ¡Marchemos pronto, Marsa!... ¡Yo te adoro!

Con gran trabajo y lentamente, Marsa se des-

prendió de aquellos lazos, como destrozada, y al marcharse, desde el dintel de la puerta todavía, envió al príncipe un beso, diciendo:

—¡Vuelvo, vuelvo, Andras mío!

Y queriendo alejarse para ocultar su traje de desposada con el abrigo que ántes habia indicado, permanecia, no obstante, inmóvil, sin dejar de mirar al príncipe.

El piano, sobre el cual Andras habia dejado el paquete que Varhely le entregara, separaba á uno de otro, y, para seguirla, el príncipe se levantó apoyando su mano sobre la cubierta del teclado. Emocionados, sin decirse una palabra, cruzándose mútuas miradas llenas de promesas, seguian como estatuas, sin moverse. Al aproximarse Marsa de nuevo, para cambiar el último beso antes de desaparecer y volver, maquinalmente llevó su mirada á aquel paquetito lacrado, y de pronto, al fijarse en aquella letra húngara, letra que le era muy conocida, en aquel sobre y en aquella firma de Miguel Meuko, violentamente azorada, observó al príncipe Zilah, como para averiguar si en aquello habia algun lazo, si al colocar, como estaba, aquel sobre al alcance de su vista, se queria someter á Marsa á una prueba. O más bien, podia decirse que en su mirada se retrataba el espanto, un instintivo terror repentino, un terror que hacia perder el color á su rostro y que, obligándole á retroceder, no podia, sin embargo, apartar los ojos de aquel papel que, á su vez, tambien Andras miraba sorprendido de la inesperada expresion que se reflejaba en el convulso semblante de la tzigana.

—¿Qué os pasa, Marsa?—preguntó Zilah bruscamente.

—¿A mi?—contestó ella haciendo un esfuerzo por sonreírse.—¡Nada!... Yo no sé... Yo...

Quería mirar á Andras de frente, y una fuerza invencible le hacia llevar la vista á aquel papel, hácia aquel paquetito blanco precintado, y en el que se veía escrito aquel nombre: *Meuko!*

¡Ah, Miguel! ¡Marsa lo habia olvidado!

¡Desgraciada! ¡El volvía! ¡Amenazaba! ¡Iba á vengarse! ¡Estaba segura de ello!

Aquel papel, aquel paquetito encerraba algo tremendo. ¿Qué era lo que Miguel Menko podia decir escribiendo á Andras en aquel crítico momento, que no fuese enterarle de que la miserable con quien acaba de casarse era una infame?

Toda descolorida, con el lábio trémulo y estremeciéndose de los piés á la cabeza, se habia visto precisada á sostenerse apoyándose en el piano.

—Yo os aseguro, Marsa...—dijo el príncipe.

Y cogiéndola las manos, añadió con inquietud:

—Vuestras manos están frias. ¿Os sentís mal?

Sus ojos siguieron la direccion que llevaba la mirada de Marsa.

En seguida cogió el paquete lacrado, y adelantándolo hácia la jóven, confirió:

—¡Cualquiera diría que es esto lo que os altera!

—¡Oh... Príncipe, os juro que....!

—¿Príncipe?...!

Sorprendido, repitió aquel título que le daba ella inesperadamente, cuando há poco le llamaba Andras sencillamente, del mismo modo que

él la decia Marsa. ¡Príncipe! Ahora era él quien experimentaba aquel singular terror, preguntándose qué era lo que podia contener aquel envoltorio de papel, y si el destino de Marsa, el suyo, se relacionarian con lo que en él se ocultaba.

—¡Ah!—dijo, rompiendo bruscamente el hilo que lo sujetaba.—¿Qué será esto?

Rápidamente, como arrebataada por el instinto, Marsa puso su fria mano sobre la muñeca de su marido, y dominada por el terror, suplicante, loca, dijo:

—¡No, no... no leais... yo os lo pido! ¡No leais eso!

Con su mirada transparente, fija en ella, la contemplaba impassible, esforzándose por conservar la calma.

—¿Qué es, pues, lo que contiene esto que Miguel Meuko me envía?—preguntó.

—No sé—respondió Marsa con voz ahogada.— ¡Pero no lo leais! ¡En nombre de la Virgen!—recordaba el sagrado juramento de los húngaros.— ¡No lo leais!

—Pero, ¿no habeis pensado, princesa,—dijo Andras—que al obrar de ese modo vos misma habeis que tenga mayor interés en leerlo?

Marsa no pudo menos de temblar asustada al notar el tono trágico con Andras pronunciaba aquella palabra, «princesa», que momentos antes parecia en sus labios tan dulce y afectuosa. Ahora en aquella frase se veía una amenaza.

—Escuchad: voy á deciros... Yo quería... ¡Ah! Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué desgraciada soy!... ¡No leais, no leais!

Andras, muy pálido, con el rostro desfigurado y como envejecido, cogió tranquilamente entre sus dedos el paquete todavía intacto, y con tono tranquilo, con lentitud y gravedad, pero revelando una cariñosa entereza en la que todavía se reflejaba la esperanza.

—Marsa—le decía,—vamos, ¿qué quereis que yo piense?... ¿Por qué pretendéis que no lea esto? Indudablemente son cartas. ¿Qué relación tienen con vos unas cartas que el conde Meuko me envía? ¿No quereis que las lea?

Y añadía, mientras la mirada de Marsa parecía suplicante, como debe serlo la de un condenado cuando esta entre las manos del verdugo:

—¿No queréis?... Enhorabuena; no leeré, pero será con una condición... con la de que me jureis, lo entendéis bien, que vuestro nombre no figura en esas cartas... y que Miguel Meuko no tiene nada que ver con la princesa Zilah.

Marsa le oía, le escuchaba; pero al ver que seguía inmóvil y como atontada bajo el peso de la tempestad moral que descargaba sobre ella, Andras dudó de si realmente le habría comprendido.

—Yo estoy seguro—siguió diciendo con su voz lenta y tranquila—que bajo este sobre se encierra alguna desgracia... Renuncio á conocerla. No os pido más, y ahora mismo arrojo estas cartas al fuego. Pero, repito, habeis de jurarme que, sea lo que quiera lo que ese Meuko, ó el que sea, pueda escribirme, pueda decirme, todo ello es una infamia, una calumnia. ¡Juradme esto, Marsa!

—¡Jurarlo! ¡Siempre jurar! ¡siempre jurar

¡Juramento sobre juramento! ¡Ah! ¡es demasiado!—dijo ella, estallando en una explosión de gritos y sollozos.—¡No! ¡ni una mentira más, ni una! ¡Señor, soy una desgraciada, una miserable! ¡Maltratadme! ¡Azotadme, como yo azoto á mis perros! ¡Os he engañado! ¡Merezco que me escupais á la cara! ¡Soy indigna de obtener vuestra piedad! ¡El hombre de quien son las cartas que teneis en vuestra mano, que así se venga y me aniquila, ha sido mi amante!

—¿Miguel?

—¡El ser más vil y cobarde que yo conozco; ¡Puesto que me odia, ha podido matarme; ha podido arrancarme el velo hace un momento! ¡Pero hacer lo que ha hecho, hacer tal cosa!... ¡Heriros á vos con el mismo golpe, á vos, á vos?... ¡Ah! perro miserable, digno de ser apedreado! ¡Judas! ¡Ladron y cobarde! ¡yo debí haberle hundido un cuchillo en el corazón!

—¡Ah! ¡desgraciado!—dijo el príncipe, demostrando su honda aflicción.

Al grito agudo de dolor que lanzó Andras Zilah, herido en lo más profundo de su ser, se unían las imprecaciones de una indómita fiereza que se revelaban en la «tzigana», la que nuevamente volvía á ser la antigua bohemia, hija de la Tisza, en cuyas venas ardía con furor la sangre rusa.

Luego, humillándose, abatida y desgarrándose con sus uñas la piel de las manos, cayó á los pies del príncipe, que continuaba pálido y en la severa actitud de un justiciero.

Ya no era más que un montón de carne y de

tela blanca, del que salían súplicas y maldiciones y que se retorcía, arrastrando su hermosa cabellera por la alfombra, donde, medio destrozadas, se veían á los pies del marido las flores con que había ido al altar la novia. Y Zilah, inmóvil, con la vista extraviada, mirando alternativamente á aquella mujer aniquilada y á aquel paquete de cartas que le quemaba los dedos, parecía dispuesto á arrojar á la cara de la tzigana, tan fiera para amenazar como humilde para suplicar, aquellas pruebas de su infamia.

De pronto, inclinándose hácia ella, la cogió por las muñecas, y levantándola casi brutalmente, la dijo cara á cara:

—¿Sabeis que la mujer adúltera es ménos culpable que vos? ¡Cien mil veces ménos culpable! ¿Sabeis que puedo mataros?

—¡Ah, sí, hacedlo! ¡Ah! ¡qué alegría, qué alegría! — gritó Marsa con una risa de loca.

El la rechazó como si le repugnara.

—¿Por qué habeis cometido tal infamia? No será por mi fortuna: ¡vos sois rica!...

Marsa se estremeció al verse humillada é insultada con aquel frío desprecio. Hubiera preferido la cólera salvaje que la asesinara.

—¡Ah, vuestra fortuna! — dijo, encontrando un motivo para defenderse y para que su humillación no fuese mayor. — Ni esto, ni vuestro título, ni vuestro nombre, era lo que yo ambicionaba, sino vuestro amor.

—¿Mi amor?

—¡Sí, vuestro amor, sólo vuestro amor!... Yo no hubiera tenido inconveniente en ser vuestra

querida; yo os hubiera dicho: «Sed mi amante», si no hubiera temblado ante la idea de perderos, de rebajarme ante vos, á quien tan grande encuentro... ¡Tenia miedo, miedo de que huyerais!... ¡Si, ese es mi crimen! Es una infamia, lo sé. Pero solo pensé en reteneros... á vos, á vos solo, á vos; mi admiración, mi vida. ¡Merezco ser castigada, si, lo merezco!... Pero esas cartas... esas cartas las habriais arrojado al fuego si yo no os hubiese revelado el secreto de mi vida... Vos mismo me lo habeis dicho... Yo podía haber jurado... ¿no es así? y me hubierais creído... Podía haberlo hecho... Pero no; ¡eso sería demasiado vil, demasiado cobardel... ¡Matadme!... ¡No os detengais, lo merezco!... Esto es lo que... ¿Adónde vais? — preguntó fuera de sí al ver que Zilah, sin responder, daba algunos pasos hácia la salida, y sin pararse á reflexionar en que ella no tenia derecho á preguntarle.

Presentia que si él se marchaba, no lo volvería á ver nunca.

¡Ah, terrible solución! ¡Hubiera preferido que le clavara un puñal! ¡De tal modo debia de terminar un día que comenzó con tan buenos auspicios!

—¿Adónde vais?

—¿Y qué os importa?

—Es verdad... Perdonadme... Al menos... al menos, señor... decid una palabra... es lo suplico... ¿Qué me ordenais? ¿Qué quereis que haga? ¡Debe haber leyes que castiguen á los que obran como yo! ¿Quereis que yo misma vaya á

acusarme, á entregarme? ¡Yo no sé qué he de hacer!

—Vivir en compañía de Miguel Meuko si yo tiene la suerte de no matarme despues de que yo le haya abofeteado,— respondió friamente Andras, rechazando á aquella mujer que de rodillas, estendía sus brazos hácia él.

La desgraciada, con las palmas de las manos en el suelo, y arrastrándose de rodillas, llegó hasta la ventana como para gritar, para llamar, para detener quizá á su adorado que huía...

Despues, al oír que el carruaje del príncipe se alejaba en direccíon á Paris, se mesaba desesperadamente los cabellos, cayendo desplomada bajo la impresion del inmenso vacío que reinaba en aquella casa, por la mañana animada con el ruido de la fiesta y en aquel momento silenciosa como una tumba.

Y mientras el Príncipe, dentro del coche que le llevaba á Paris, leía y estrujaba con rabia las cartas en que Marsa hablaba de amor— ¡jella, la miserable!— á otro, á aquel hombre á quien él llamaba «hijo mio»; mientras que él, perdiendo la cabeza, se detenía en aquella mortificante lectura, preguntándose si era posible que tan súbitamente desapareciese por completo su felicidad, que le sobrevinieran tantas desgracias en tan pocas horas; mientras él miraba, sin verlos, los objetos que encontraba en su camino, y temía volverse loco. En el comedor los criados de Marsa, devoran lo que quedaba del *lunch* y bebiendo los restos del *champagne*, brindaban por el príncipe y la princesa Zilah.

Unicamente el viejo Vogotzine pareció sorprendido de la repentina marcha del príncipe. Con la levita desabrochada penetró en el salón, y vió que la tzigana estaba acurrucada, con el cabello suelto y presentando un aspecto terrible.

—¿Qué significa esto?—dijo.

Ella no respondió, fijando tan solo una hurañá mirada en el general, como si fuera una vision.

—¡Cómo! ¡una escena!—añadió Vogotzine.— ¡Ya! ¿Y el príncipe?... Se ha marchado. ¡Bien está! Pero supongo que adonde habrá ido será á Charenton... No en vano hay quien dice que todos esos húngaros, desde el primero hasta el último... tienen algo de locos. ¡Ya voy viendo que es verdad!

XXIII.

París, que ordinariamente comenta con ávidez los acontecimientos más insignificantes del día, algunas veces no dice una palabra sobre otros sucesos de importancia, cuyo silencio puede tomarse como espresion de su generosidad. Bien porque ignore, ó bien porque respete, lo cierto es que calla. Suposiciones más ó menos verosímiles, medias palabras, pero nada de afirmaciones rotundas, lo cual puede interpretarse como la consideracion más respetuosa que sabe guardar, sea al carácter, sea al talento.

La colonia de extranjeros, aquella sociedad que concurría á los salones de la baronesa Dinati, no debía ignorar que la princesa Zilah, despues de celebrado su casamiento en Maissons-Laffite, al que habia asistido una gran parte de la *fashion* internacional, seguía viviendo en su misma casa, mientras que el príncipe Andrés habia vuelto solo á la suya de París.

Corrían rumores, se propalaban sigilosamente algunas leyendas, aseguraban que Marsa habia sido atacada de una enfermedad nerviosa hereditaria, citándose en prueba de esto las visitas hechas á Maissons por el doctor Fargeas, sabio profesor de la Salpetriere, acompañado

de su antiguo interno el doctor Vilandry, á quien Vogotzine, aconsejado por Varhely, mejor conocedor de las cosas de París, habia llamado en consulta.

Preocupado terriblemente Vogotzine al ver que desde el día de la boda Marsa no habia salido de una especie de estupor, lleno de espanto y asustado ante el mutismo y la expresion de extravío que observaba en su sobrina, el viejo general tenia miedo verdaderamente de perder la razon cuando hablaba con aquella loca.

—¡Ah! ¡pero esto—decía—es muy sensible y muy triste!

Despues de la escena terrible en que vió desaparecer sus acariciadas esperanzas, una fiebre altísima tenia á la tzigana agobiada en el lecho y presa á la vez de un delirio horroroso, que ponía al buen Vogotzine en un estado de desesperacion.

El desgraciado, no sabiendo cómo explicarse la repentina desaparicion de Zilah, se llevaba las manos á la cabeza, temiendo perderla, y no podía oír sin que sus ojos se humedeciesen por las lágrimas, los sollozos y gritos desesperados de aquella infeliz enferma que se agitaba en el delirio. Hubiera preferido verse frente á un batallon de *honveds*, ó de una partida de *bachibouzoucks*, como en otro tiempo, ó á la vista de montones de cadáveres desnudos, á los cuales contenplaba impasible.

Vogotzine, como primera medida, corrió á París para interrogar á Zilah; pero éste le respondió de un modo que no admitía una palabra más:

—Mis asuntos personales no incumben á nadie.

El general no tuvo energía para exigir una explicación, y se inclinó, protestando de que, en efecto, no tenía derecho á mezclarse en lo que no le pertenecía; pero no le pasó desapercibido que Andras se puso muy pálido cuando le oyó decir que sería un milagro, sí, un milagro; si la irresistible fiebre que aniquilaba á Marsa no terminaba por quitarla la vida.

—¡Da lástima!—decía el pobre hombre.

Zilah le miró de una manera extraña y severa, pero, sin embargo, asustado.

Vogotzine no insistió más, y después fué á ver al doctor Fargeas con objeto de suplicar lo que lo antes posible se pasara por Maissons-Laffitte. Así lo prometió el ilustre médico.

Por aquella verja que poco antes habían desfilado los carruajes de gala de una gran fiesta, se vió entrar la berlina del médico de la Salpêtrière, el sabio doctor de mirada penetrante, barba afeitada y largos cabellos, todavía negros, echado hácia atrás, á quien Vogotzine introdujo en el mismo salon del que Marsa arrojó á Miguel la última vez que le había hablado.

El general dispuso que llamasen á la *señorita*... «á la señora princesa», dijo, rectificando.

No tardó mucho en aparecer Marsa, libre de la fiebre en aquel momento, descolorida, sin poderse apenas mover, apoyada en el brazo de su doncella, cuyo aspecto impresionó tristemente á Vogotzine.

El doctor Fargeas fijó detenidamente su mirada en aquella mujer, cuyas pupilas animadas

era lo único que revelaba vida en su cuerpo automático, como indicando que allí se encerraba un alma apasionada.

—Señora—dijo el doctor con amabilidad, después que el general, aproximándose muy despacio á su sobrina, le hubo hecho señas para que escuchara á aquel desconocido—el general Vogotzine me ha manifestado que estais enferma... Soy médico... ¿Teneis la bondad de responderme amistosamente á las preguntas que voy á haceros?

—¡Si,—añadió el buen tutor,—mi queridísima Marsa, yo te lo ruego!

De pie, levantando la cabeza, sin que se contrajera ni uno solo de sus músculos y sin pronunciar palabra, ella estuvo mirando al doctor con mucha atención unos minutos. El doctor á su vez la observaba. Aquello parecia un reto antes de un duelo.

—¿Y para qué un médico?—replicó la joven dirigiéndose con viveza á Vogotzine.—Yo no estoy enferma.

Su voz era clara, apocada y triste, y esforzándose resultaba dificultosa como la de los tísicos.

—No, no estás enferma, hija mia, pero no se... yo no entiendo... pero me preocupas un poco... poco, casi nada... Pero como estoy seguro de que si yo, tu anciano tío, tuviese la molestia más insignificante, te inquietarias... ¿no es verdad que te preocuparias?

Al hablar así se esforzaba por sonreirse y agradecerla, procurando al mismo tiempo acercarla al doctor, que no separaba de ella la vista

De pronto, Marsa, levantando sobre Fargeas su vaga mirada, dijo secamente:

—¡Bueno, veamos! ¿qué hay? ¿qué quereis que diga? ¿qué me pedís? ¿de parte de quién venís?

Vogotzine hacia señas á la doncella para que se marchara.

—¡Ya os lo he dicho, de parte del general!

Y Fargeas designaba á Vogotzine.

Marsa no dijo más que ¡ah!

En la manera desesperada con que salió de sus labios aquel ¡ah!, el doctor creyó ver algo que se parecía á una decepcion.

Repentinamente volvió á caer en uno de aquellos profundos abatimientos que seguían al delirio en los primeros días, y que tanto asustaban á Vogotzine.

—¡Ahí la teneis, ya no sale de ese estado!—dijo el buen hombre.

Fargeas, sin hacer caso de lo que decía el general, se aproximó á Marsa y la hizo sentar en una silla, cerca de la ventana.

Durante un rato estuvo examinándola y tocándole la frente, sin que Marsa hiciera el más ligero movimiento. El médico observó que á la enferma le ardía la cabeza.

—¿Os duele algo?—la preguntó el doctor cariñosamente.

La joven, que momentos ántes parecía tener aun fuerzas para preguntar, y que daba señas de interesarse por alguna cosa, respondió con voz suave, rara y triste, en un tonillo que parecía que cantaba:

—¡No sé!

—¿Habeis dormido bien esta noche?

—¡No sé!

—¿Qué edad teneis?—preguntó Fargeas, queriendo conocer su estado mental.

—¡No sé!...—continuó diciendo.

El médico dirigió una mirada al tío, que no se movía del lado de su sobrina, y revelaba su inquietud haciendo un gesto de contrariedad cada vez que ella respondía á todas aquellas lúgubres preguntas con su tono melodioso: *¡No sé!*

—¿Cómo os llamais?—preguntó lentamente el doctor.

Moviendo mucho los ojos, pareció durante un momento buscar un pensamiento que no encontraba en su pobre y vacía cabeza, y luego, haciendo un esfuerzo visible, se dejó caer sobre el respaldo de la silla, como azorada y resignada á la vez, repitiendo la frase de siempre:

—¡No sé!

El tío, que se había puesto rojo, se estremeció y miró al doctor con angustia.

—¡Ni siquiera sabe ya cómo se llama!

—Yo espero que esto sea pasajero—dijo el médico.—Pero actualmente la considero en un grave estado convulsivo.

—Nunca la he visto así, nunca, hasta... hasta el primer día que se casó—se atrevió á decir por fin el general aterrorizado.—Esta mañana quiso matarse, dejándose caer contra su cama... luego ha accedido á levantarse... vos lo habeis visto... Cuando hace un rato ha preguntado de parte de quién veniais, me dije: «¡Ah! por fin demuestra interesarse por algo...» Ahora, ya lo

veis... vuelve á su estupor... ¡Vaya, que es divertido esto!

Fargeas cogió entre sus dedos la delicada piel de la joven, y la pellizó en el cuello, debajo de la oreja.

Marsa Laazlo no dió señales de vida.

—¡Existe amnesia en el cuello!...—dijo el doctor;—¡podría pinchársele con una aguja... hay falta completa de sensibilidad!

Después, poniendo de nuevo su mano sobre la frente de Marsa, pretendió evocar en la enferma el recuerdo de sus aficiones.

—Vamos á ver, señora... os esperan... vuestro tío... vuestro tío desea que toqueis un poco el piano... ¡Vuestro tío!... ¡El piano!

—*Solo hay una hermosa en el mundo*—murmuró Vogotzine, tratando con su voz alcoholizada de dar tono melodioso á aquella sinfonía que tanto gustaba á la tzigana.

Maquinalmente Marsa repitió como si delectase:

—¡El piano... el piano!...

Terminando por decir con su tonillo lúgubre:

—*¡No sé!*

Mientras el doctor Fargeas contemplaba lleno de lástima aquella hermosa criatura, pálida como la cera, con sus hermosos ojos negros extraviados y el cabello suelto, al viejo Vogotzine le ahogaba la pena, viendo que no quedaba vestigio alguno de memoria en el cerebro de su infeliz sobrina.

—Dadle un poco de caldo—dijo Fargeas.—En

el estado en que se encuentra no lo querrá, pero probad.

Y añadió dirigiéndose al tío, cuyas orejas parece que despedían fuego:

—Puede curarse; pero será preciso quizá sacarla de aquí... obligarla á una nueva vida. Necesita el aislamiento... no este aislamiento, más bien...

—¿Cuál?—preguntó Vogotzine.

—Más bien, quizá el de un manicomio. Pobre mujer—dijo el doctor, volviendo á mirar todavía á Marsa, que permanecía insensible.—Verdaderamente es bonita.

El médico, por un lado, acostumbrado á las tristezas de las enfermedades nerviosas, y el tío por otro, sin comprender aquel mal repentino, parecían contemplar á una á la desgraciada enferma, que continuaba en su sitio inmóvil como una estatua.

El doctor Fargeas salió del castillo bastante conmovido, acompañado hasta la verja por el general. Se convino que pasada aquella crisis, se llevaría la enferma á la casa de salud del doctor Sims, en Vaugirard. Allí, en aquel nuevo medio, podría desaparecer el estupor en que yacía la enferma, despertar su imaginación, volver á la vida. Era necesario un régimen continuado y una vigilancia constante. Solo se necesitaba un pretexto para decidirla á que subiera al carruaje. El doctor se encargaba de encontrarlo.

El carruaje partiría de Maissons-Laffitte y se detendría en la puerta del establecimiento. Se le diría á Marsa, por ejemplo, que aquel

era un establecimiento benéfico. Allí la vigilarían y la cuidarían con un cariño de familia, y de ello podía estar seguro el general, porque el doctor así lo afirmaba.

Vogotzine sentía agolparse la sangre á la cabeza al oír aquellos consuelos terribles como una sentencia.

¡En Vaugirard!... ¡Su sobrina en una casa de salud!... ¡La hija del príncipe Tehéreteff!... ¡La esposa del príncipe Zilah!—pensaba.

Pero era el caso que Vogotzine no tenía derecho para disponer de la libertad de Marsa, y si bien Andras había manifestado su firme deseo de que le dejaran en paz, sin meterse en su vida para nada, no podía excusarse de dar su parecer en cuanto á la determinación que debía tomarse con respecto á Marsa, la cual era la princesa Zilah, al fin y al cabo.

El general creyó, por lo tanto, que estaba en el deber de participar al príncipe el juicio formulado por el ilustre médico de la Salpêtrière.

Una vez que hubo dado este paso cerca de Andras, le preguntó:

—¿Qué es lo que resolvéis?

—General—respondió Zilah—cuanto hagais estará bien hecho. Pero os ruego que para lo sucesivo no os molesteis, quiero vivir solo... completamente solo... y no quiero saber nada del porvenir, ni del pasado, que es cruel, ni del presente, que es tan siniestro... Tengo un capricho...

—¿Cuál?

—En adelante quiero vivir sin ocuparme de nada, á lo egoísta.

—Así cambiareis de manera de ser—dijo el general sin salir de su asombro.

—Y me servirá de consuelo—añadió Andras.